ninguna comisión del rey Luís para el pueblo de Lieja, y mucho menos instrucciones para instigarles á amotinarse; y que, por fin, cuando adopté el título de enviado que tan intempestivamente y contra mi voluntad se me había conferido, fué como si cogiera un escudo para mi defensa y la de los demás en tan inminente riesgo, sin entretenerme en averiguar si tenía derecho de usar los blasones que en él se vieran.

—Y en esto—dijo Crève-Cœur, incapaz de guardar silencio por más tiempo—mi compañero de viaje, mi joven prisionero, obró con juicio y valor. Su modo de portarse en aquel lance no puede, en justicia, imputarse como un crimen al rey Luís.

Un murmullo general de aprobación resonó por todos los ángulos de la sala que lisonjeó los oídos del rey Luís, al paso que produjo sensación desagradable en los de Carlos. Lanzó miradas de furor en derredor suyo; y los sentimientos tan generalmente expresados por los más poderosos vasallos y más sabios de sus consejeros no le hubieran retraído de entregarse á toda la violencia de su despótico carácter, si Comines, que previó la tempestad, no lograse desviarla anunciándole oportunamente la llegada de un heraldo enviado por la ciudad de Lieja.

—¡Un heraldo enviado por aquellos tejedores y herreros!—exclamó el duque.—Que éntre al instante, y por las barbas de mi padre, ese heraldo nos dirá, acerca de los proyectos y esperanzas de los que le envían, alguna cosita más de lo que parece lleva intención de hacer ese joven guerrero franco-escocés.

CAPÍTULO XXXIII.

El heraldo.

Ariel. — Oid qué alaridos dan.
Próspero. — Deja que los acosen de firme.

SHAKSPEARE. — *La Tempestad*, acto IV.

Todos en la Asamblea dejaron libre el centro, pues sus individuos tenían gran curiosidad de ver al heraldo que los liejenses insurreccionados se atrevían á enviar á un príncipe tan orgulloso como era el duque de Borgoña, en un momento en que se hallaba contra ellos en el colmo del furor.

Bueno será tener presente que en aquella época no se enviaban heraldos sino de un príncipe soberano á otro, y sólo en casos que exigían la mayor solemnidad; la nobleza de segundo orden no se valía más que de persevantes, oficiales inferiores al rey de armas. Puédese también notar de paso que Luís XI, que sólo hacía caso de lo que le ofrecía alguna ventaja efectiva ó sólido aumento de poder, miraba sobre todo con el mayor desprecio lo relativo á la ciencia del blasón y á los reyes de armas «con sus colores encarnados, azules ó verdes y todas sus tonterías»; (1) al paso que el orgullo de Carlos su rival, que era de una clase enteramente distinta, no daba poca importancia á este ceremonial.

El heraldo, que en este instante fué introducido ante

(1) Para mayor aclaración véase la nota *X*.

de los dos príncipes, llevaba por vestido un tabardo en que se veían bordadas las armas de su amo, entre las cuales se distinguía la cabeza del jabalí, bien que, según el dictamen de los maestros en el arte heráldico, resaltaba más de lo que permitían las reglas del blasón. El resto de su traje, ridículo á fuerza de magnificencia, estaba sobrecargado de galones, bordados y adornos de toda especie; la pluma que llevaba

era tan alta, que parecía destinada á barrer el techo de la sala; en una palabra, todos sus atavíos tenían traza de ser una exageración ó caricatura del brillante traje de los reyes de armas. No solamente estaba bordada la cabeza del jabalí en todas las prendas de su vestuario, sino que hasta su gorra tenía la forma de tal, viéndose en ella una lengua y colmillos de color de sangre, ó, para valernos del lenguaje propio, de *gules lengüetados y dentados*. Podíase notar en el ademán de este hombre cierta expresión que indicaba á un tiempo el temor y la audacia, como si estuviese convencido de haberse

encargado de una comisión peligrosa y de no poderla llevar á cabo sino á fuerza de descaro. La misma mezcla de desvergüenza y timidez se distinguió y notó en el modo de saludar á los dos príncipes, en que demostró grotesca torpeza, poco común en los heraldos acostumbrados á presentarse delante de los soberanos.

El modo con que Carlos recibió á aquel singular enviado no fué menos extraordinario.

—¿Quién diablos eres tú?—le preguntó.

—Soy Jabalí-Rojo—respondió el heraldo—rey de armas de Guillermo de la Marck, por la gracia de Dios y elección del cabildo, príncipe obispo de Lieja...

—¡Ah!—exclamó Carlos; pero reprimiendo su impetuosidad le hizo seña de que continuara.

—...Y por parte de su esposa, la excelentísima condesa Amelina, conde de Croye, y señor de Bracquemont.

La admiración que causó á Carlos el exceso de osadía del enviado atreviéndose á pronunciar semejantes títulos en su presencia, le impidió el uso de la lengua, al paso que el heraldo, atribuyendo tal vez este silencio á la impresión que hiciera en el ánimo del duque la enumeración de las calidades de su amo, continuó como sigue:

—*Annuntio vobis gaudium magnum:* Carlos, duque de Borgoña y conde de Flandes, os participo en nombre de mi amo, que en virtud de una dispensa de nuestro beatísimo padre el Papa, que aguarda dentro de poco, y que contendrá el nombramiento de un sustituto conveniente *ad sacra*, se propone desempeñar las funciones de príncipe obispo de Lieja, y sostener sus derechos como conde de Croye.

El duque de Borgoña en esta y otras pausas del discurso del heraldo, no hizo más que exclamar de nuevo: «¡Ah!» ó pronunciar alguna interjección por este estilo, con el tono de un hombre, que, aunque sorprendido é irritado, quiere oir todo lo que tienen que decirle antes de dar una respuesta. Con grande admiración de todos los circunstantes, no hizo ninguno de aquellos bruscos y violentos ademanes que le eran habituales, sino que mordía la uña de su pulgar, que era su actitud favorita cuando escuchaba con atención y permanecía con los ojos bajos, como si temiese mostrar la rabia que se viera chispear en ellos.

Jabalí-Rojo continuó desempeñando su comisión con audacia é intrepidez.

—Debo, pues, requeriros, duque Carlos, en nombre del príncipe obispo de Lieja y conde de Croye, que desistáis de vuestras pretensiones sobre la ciudad libre é imperial de Lieja y de las usurpaciones de sus derechos cometidas con tolerancia ó autorización del difunto Luís de Borbón, obispo que fué de aquella ciudad.

—¡Ah!—volvió á exclamar el duque.

—Como también que restituyáis las banderas de los gremios, en número de treinta y seis, de que os apoderasteis á mano armada; que reparéis las brechas que abristeis en las murallas; que reedifiquéis las fortificaciones que arbitrariamente desmantelasteis, y que reconozcáis á mi amo Guillermo de la Marck como obispo de Lieja, legal y libremente elegido por el cabildo, cuya acta auténtica os presento.

—¿Habéis concluído?—preguntó el duque.

—Todavía no—respondió el heraldo.—Estoy además encargado, de intimaros de parte del excelentísimo y reverendísimo príncipe obispo y conde, que mandéis retirar las guarniciones que pusisteis en el castillo de Bracquemont y demás plazas fuertes del condado de Croye, sea que lo hiciéseis en vuestro nombre, en el de Isabel, á quien llaman condesa de Croye, ó en cualquiera otro, hasta que se haya decidido por la Dieta imperial si los feudos de que se trata, deben ó no pertenecer á la hermana del difunto conde, la excelentísima condesa Amelina, con preferencia á su hija, en virtud *juris emphyteusis*.

—Vuestro amo es muy sabio—dijo el duque.

—Sin embargo—continuó el heraldo—el noble y venerable príncipe, obispo y conde, está dispuesto, cuando ya no exista ninguna disensión entre la Borgoña y el país de Lieja, á asegurar á su sobrina Isabel un heredamiento y dote correspondientes á su clase.

—Es muy generoso, muy desinteresado—dijo el duque con el mismo tono irónico.

—Á fe de loco—dijo Glorioso al oído del conde de Crève-Cœur—preferiría verme en el pellejo de la desgraciada vaca que hubiese muerto de enfermedad contagiosa, antes que bajo los bordados vestidos de ese bribón. Parécese á un borracho que apura botellas sin contarlas y sin observar las rayas que el mozo de la posada traza con lápiz en el postigo de la ventana.

—¿Tenéis todavía algo más que decirme?—preguntó el duque.

—Una sola palabra relativa al digno y fiel aliado de mi referido noble y venerable amo, el rey cristianísimo.

—Ah! ah!—exclamó el duque estremeciéndose y pronunciando esta exclamación con tono más iracundo del que empleara hasta entonces en las otras; pero se contuvo y afectó un semblante tranquilo y atento.

—Del rey cristianísimo, cuya real persona se asegura que vos, Carlos de Borgoña, detenéis por fuerza en esta ciudad, en desprecio de vuestros deberes como vasallo de la corona de Francia, y contra la fe observada entre príncipes cristianos. Por cuya razón, mi dicho noble y venerable amo os manda, por mi medio, que pongáis inmediatamente en libertad á su real y cristianísimo aliado, ó que admitáis el desafío que yo os presento de su parte.

—¿Habéis por fin concluído?—dijo el duque.

—Sí, y aguardo la respuesta de Vuestra Alteza, confiando que será tal que evite el derramamiento de sangre cristiana.

—Pues bien—exclamó el duque—por san Jorge de Borgoña...

Pero antes que pudiese pasar adelante, levantóse Luís y tomó la palabra con tal aire de majestad y autoridad, que Carlos se vió en la precisión de no interrumpirle.

—Querido primo de Borgoña—dijo el rey—con vuestro permiso reclamo el derecho de prioridad para contestar á ese bribón... ¡Insolente heraldo! Seas quien fueres, véte á decir al perjuro, al asesino, al proscrito Guillermo de la Marck, que el rey de Francia se hallará dentro de poco delante de Lieja, con el objeto de vengar el sacrílego asesinato de su amado pariente Luís de Borbón; y que se propone mandar ahorcar á Guillermo de la Marck, para castigar la osadía que ha tenido de nombrarle su aliado, y ofender su real nombre poniéndole en la boca de tan villano mensajero.

—Y añadirás de mi parte—dijo Carlos—todo lo que un príncipe puede tener que decir á un bandido y á un asesino. Véte... Aguarda un momento, sin embargo. Ningún heraldo

partió jamás de la corte de Borgoña sin alguna muestra de mi liberalidad. Que le dén una buena paliza hasta que se le salte la piel.

—Dígnese Vuestra Alteza reflexionar—dijeron á un tiempo mismo Crève-Cœur é Hymbercourt—que es un heraldo, un hombre privilegiado.

—¿Es posible—dijo el duque—que seáis tan idiotas para creer que el tabardo hace al heraldo? Por el modo con que ese bribón lleva puestos sus blasones, conozco que es un impostor. Venga Toisón de oro, é interróguele en presencia nuestra.

Á pesar de su natural descaro, se le vió perder el color al enviado del Jabalí de las Ardenas, sin embargo de haber usado de algún artificio para pintarse el rostro. Toisón de oro, jefe de los heraldos del duque, según dijimos ya, y rey de armas en sus dominios, adelantóse con la gravedad de un hombre que no ignora los requisitos necesarios á su empleo, y preguntó á su supuesto cofrade en qué colegio estudiara la ciencia que profesaba.

—Fuí persevante de armas en el colegio Heráldico de Ratisbona—respondió Jabalí-Rojo—y recibí el diploma de *ehrenhold* de aquella sabia cofradía.

—No podía dimanar vuestro saber de más puro manantial—dijo Toisón de oro inclinándose más profundamente de lo que hiciera antes—y si me tomo la libertad de conferenciar con vos sobre los misterios de nuestra sublime ciencia, para obedecer las órdenes de Su Alteza el duque, es con la esperanza de ilustrarme con vuestras luces, y no de comunicaros las mías.

—Al grano, al grano—gritó el duque con impaciencia—dejaos de ceremonias; hacedle alguna pregunta que nos dé á conocer su talento.

—Ridículo sería—replicó Toisón de oro—preguntar á un discípulo del ilustre colegio de Ratisbona si conoce los términos ordinarios del blasón; pero sí puedo preguntarle sin ofenderle, si está enterado de las misteriosas y secretas expresiones, por cuyo medio los más sabios de nosotros se explican entre sí emblemática y parabólicamente lo que dicen á los demás en lengua vulgar; de aquellas frases, quiero decir, que son en cierto modo el ornamento del arte heráldico.

—Yo conozco á la perfección todos los ramos dependientes de esta ciencia—respondió Jabalí-Rojo con osadía—pero acaso nuestros términos en Alemania, no serán los mismos que los vuestros en Flandes.

—¡Es posible que habléis así!—exclamó Toisón de oro.—Nuestra noble ciencia, que es el estandarte de la caballería y la gloria de la generosidad, es la misma en todos los países cristianos, y hasta la conocen los moros y sarracenos. Os suplicaré, pues, que me describáis por el método celeste, es decir, por el sistema de los planetas, las armas que tuviéreis á bien elegir.

—Describidlas vos mismo, como os diere la gana—respondió Jabalí-Rojo—yo no vine aquí para estas boberías. ¿Creéis hacerme saltar á vuestro gusto por encima de un palo como una mona?

—Presentadle algún escudo de armas y que haga la descripción á su modo—dijo el duque—pero si no lo hace, yo le prometo que en sus espaldas habrá *gules*, *azur* y *sable*.

—He aquí—dijo el heraldo borgoñón, sacando de su faltriquera un pergamino—he aquí unas armas que ciertas consideraciones me han obligado á trazar, tan bien como me lo permiten mis débiles conocimientos. Suplico á mi cofrade, si efectivamente ha estudiado en el docto colegio de Ratisbona, que me las descifre en términos técnicos.

Glorioso, que parecía divertirse mucho con esta discusión, adelantóse entonces hasta ponerse cerca de los dos heraldos.

—Yo voy á ayudarte, mocito—dijo á Jabalí-Rojo—que miraba el pergamino con cierta consternación... ¡Príncipes y caballeros! Este escudo representa un gato que está acechando en la ventana de una lechería. Esta agudeza de Glorioso promovió la risa, y Jabalí-Rojo encontró en ello alguna ventaja, pues Toisón de oro, irritado de que así se interpretase su dibujo, dió inmediatamente él mismo la explicación, diciendo que era el escudo que llevaba Childeberto, rey de Francia, después de haber hecho prisionero á Gundemaro, rey de Borgoña, representando una onza ó gato montés detrás de una reja, emblema del monarca cautivo. Dió en seguida la definición en términos técnicos, que sólo un heraldo pudiera comprender.

—Por mi vara—dijo Glorioso—que si la Borgoña se ve

representada por ese gato, es preciso confesar que en el día de hoy está en la parte más ventajosa de la reja.

—Tienes razón, amigo mío—dijo Luis sonriéndose, mientras que todos los espectadores y el mismo Carlos estaban algo confusos por esta chanza, cuya aplicación era tan evidente. Te debo una moneda de oro por haber amenizado un lance que empezó en tono algo triste y patético, y que espero finalizará más alegremente.

—Silencio, Glorioso—dijo el duque. —Y vos, Toisón de oro, que sois demasiado sabio para que os entiendan, retiraos. Que se adelante ese pícaro. Escucha, miserable—exclamó tomando su acento más áspero—¿conoces la diferencia que existe entre el oro y la plata, dejando aparte la que tienen en la moneda?

—Por amor del cielo, señor, tened compasión de mí; noble rey Luís, interceded por mí.

—Habla por ti mismo—exclamó el duque—¿eres heraldo ó no?

—No lo soy sino por esta vez—confesó el heraldo, viendo descubierto su engaño.

—Por San Jorge—dijo el duque dirigiendo á Luís una mirada á hurtadillas—no hay monarca ni caballero que hubiese querido prostituir así la noble ciencia en que descansan la nobleza y la majestad real, excepto aquel rey que envió á Eduardo de Inglaterra un criado disfrazado de heraldo (1).

—Tal estratagema—dijo Luís riendo ó fingiendo reirse—no podía justificarse sino en una corte donde no se hallaba ningún heraldo en aquella ocasión, siendo urgente el caso; pero aunque tuviese feliz resultado entre rudos y groseros isleños, era preciso no tener más juicio del que es capaz un jabalí, para creer que semejante farsa no se descubriría en la ilustrada corte de Borgoña.

—Venga de donde venga—dijo el duque—yo le aseguro que no se volverá sin una felpa. Que le lleven á la plaza del Mercado y que le azoten con bridas de caballos y látigos de los perros, hasta que caiga su tabardo hecho girones... Sús, al Jabalí-Rojo, aquí, aquí, píllale, píllale.

Cuatro ó cinco perrazos, semejantes á los que se ven pintados en los cuadros de cacerías en que trabajaron juntos Rubens y Schneider, oyeron las últimas palabras, para ellos harto conocidas, y se pusieron á aullar y ladrar como si viesen salir de su cubil á un jabalí.

(1) Véase la nota *X. Un heraldo fingido.*

—¡Por la Santa Cruz—dijo Luís aparentando el mismo humor de su peligroso primo—ya que el asno se adornó con la piel del jabalí, ¿por qué no hemos de dejar á los perros que se la quiten?

—Tenéis razón, no hay cosa mejor—exclamó el duque, en cuya cabeza encontró al momento buena acogida el capricho. —Así se hará; suéltense los perros, pónganse en el rastro, y le correremos desde la puerta del castillo hasta la del parque del lado de Oriente.

—Espero que Vuestra Alteza me tratará como bestia de caza—dijo el pícaro haciendo, como suele decirse, de las tripas corazón cuanto le fué posible—y que me dejará los mismos medios de defensa.

—Eres una asquerosa sabandija—respondió el duque—y como tal, la letra del código de las cacerías no te concede derecho á protección alguna. Sin embargo, aunque no sea más que por tu descaro sin igual, tendrás cien pasos de ventaja. Vamos, caballeros, vamos; es preciso ver esta nueva especie de cacería.

De esta manera se levantó atropelladamente la sesión del consejo. Todos corrieron á disfrutar de la diversión de la caza de un hombre, sugerida por el rey Luís; pero nadie anduvo más solícito que los dos príncipes.

El placer que se prometían fué completo, porque Jabalí-Rojo, á quien daba alas el miedo y que llevaba en zaga diez ó doce feroces perros de caza, azuzados por el sonido de las cornetas de monte y los gritos de los cazadores de caballo, corrió con la celeridad del viento; y á no ser por el vestido de heraldo que le incomodaba mucho, y era el peor traje para un corredor ó volante, acaso se hubiera escapado de los perros: aun con este estorbo evitó más de una vez sus patas y dientes, variando repentinamente de dirección con una agilidad que todos los espectadores no pudieron menos de elogiar. Pero nadie, sin exceptuar el mismo Carlos, celebró tanto esta caza como el rey Luís, quien, parte por consideraciones políticas, y parte porque el espectáculo de los sufrimientos de

los hombres estaba muy lejos de serle desagradable cuando se presentaba bajo un punto de vista burlesco, llegó á llorar y pensó desternillarse de risa. En su arrebato de satisfacción hasta se asió del manto de armiño del duque como para sostenerse; en tanto que Carlos, entregado á igual transporte, apoyó su mano sobre el hombro del rey, mostrándose así mutuamente una confianza y familiaridad muy extraordinarias, atendido lo que acababa de suceder pocos momentos antes.

Por fin, la agilidad del falso heraldo no pudo librarle por más tiempo de los dientes de los enemigos que le perseguían. Los perros le alcanzaron, le derribaron, y hubieran probablemente acabado con él, á no gritar el duque:

—¡Detenedlos, detenedlos, llamad á los perros! Ha corrido tan bien, que á pesar de no haber hecho gran resistencia en los últimos apuros, no quiero abandonárselo por ralea.

Diéronse prisa los cazadores en arrancar los perros de la presa con que estaban encarnizados; echóseles de nuevo la traílla, y persiguióse á los que huían llevándose en triunfo los fragmentos del tabardo destrozado, con que el infeliz enviado se engalanara en aciago momento.

En este instante y mientras el duque estaba harto ocupado todavía en lo que pasaba delante de él para atender á lo que ocurría á sus espaldas, Oliverio el Gamo acercóse quedito al rey y le dijo al oído:

—Es el gitano Hayraddin Maugrabin; convendría no hablase al duque.

—Es preciso que muera—respondió el rey en el mismo tono:—los muertos no hablan.

Poco rato después, Tristán el Ermitaño, á quien Oliverio había dado sus instrucciones, presentóse al rey y al duque, y dijo con el tono áspero que le era familiar:

—Esa pieza de caza me pertenece, y la reclamo, si es del agrado de Vuestra Majestad y de Vuestra Alteza. Lleva mi marca, una flor de lis en la espalda, como todos pueden verlo. Es un malvado bien conocido; ha asesinado muchos vasallos de Vuestra Majestad, robado iglesias, violado vírgenes, muerto gamos en los sotos reales y...

—Basta, basta—dijo el duque Carlos—mi real primo tiene derecho por más de un título á esa propiedad, ¿Qué dispone Vuestra Majestad?

—Si se le deja á mi disposición—respondió el rey—le mandaré dar una lección del arte heráldico en que está tan poco instruído. Conocerá por experiencia lo que es una *cruz de polea*, añadiéndole por adorno un lazo corredizo...

—Con que no se adornará, pero que le servirá de sostén—continuó el duque—y recibirá sus grados por escalones de maestro y doctor tan aprobado en esta ciencia, como es vuestro compadre Tristán.

Al decir esto prorumpió Carlos en una gran carcajada promovida por este rasgo de ingenio. Luís correspondió á su jovialidad de un modo tan cordial, que el duque no pudo menos de mirarle amistosamente, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Ah, Luís, Luís! ¡Pluguiese al cielo que fuéseis tan fiel aliado como sois chistoso camarada! Muchas veces me acuerdo todavía de los alegres días que pasamos juntos.

—Pues en vuestras manos está el hacerlos renacer—respondió Luís.—Yo os otorgaré tan favorables condiciones como podáis exigir de mí en la situación en que me encuentro, sin que seáis la burla y el desprecio de la cristiandad; y juraré cumplirlas sobre la sagrada reliquia que tengo siempre la dicha de llevar conmigo, la cual es un fragmento de la verdadera cruz.

Dichas estas palabras, sacó de su seno un pequeño relicario de oro, pendiente de su cuello por medio de una cadena del mismo metal, que llevaba entre la camisa y los demás vestidos, y añadió:

—Nunca se prestó un falso juramento sobre esta santísima reliquia, sin que el delincuente haya dejado de sufrir el mismo año la pena de su perjurio.

—No obstante—dijo el duque—es la misma sobre la cual me jurasteis eterna amistad al separarnos de Borgoña, lo que no impidió que poco tiempo después enviáseis al bastardo de Rubempré para asesinarme ó apoderarse de mi persona.

—¡Ah, querido primo!... ¡Qué quejas tan antiguas desenterráis! Pero os aseguro que en este punto padecéis notable error. Por otra parte, no presté entonces el juramento sobre *esta* misma reliquia, sino sobre otro fragmento de la verdadera cruz, que me regaló el Gran Señor, cuya virtud se debilitara sin duda, por haber permanecido entre infieles. Pero, finalmente ¿no estalló la guerra del bien público aquel mis-

mo año? ¿No ví acamparse en San Dionisio el ejército borgoñón, apoyado por todos los grandes feudatarios de la corona de Francia? ¿No me obligasteis á ceder la Normandía á mi hermano?... ¡Dios me preserve de perjurar sobre una reliquia como esta!

—Pues bien, primo mío—respondió el duque—creo que habéis recibido una lección que os enseñará á proceder de buena fe en lo sucesivo. Y en la actualidad, decidme franca y lealmente ¿cumpliréis la palabra que me habéis dado de marchar conmigo contra ese asesino De la Marck y esos miserables liejenses?

—Marcharé contra ellos — dijo Luís — y me haré seguir por toda la nobleza de mi reino, la alta y la de las provincias, tremolando el oriflama.

—No, no, esto es más de lo que necesito, más de lo que conviene. La presencia de vuestra guardia escocesa, y un par de centenares de lanzas escogidas, bastarán para probar que obráis libremente. Un ejército considerable podría...

—Libertarme en realidad, queréis decir. ¿No es así, amado primo? Pues bien, vos mismo me prevendréis el número de tropas que deberán seguirme.

—Y para que nada tengamos que temer de la hermosa Elena que ha sido causa de nuestras discordias, accederéis á que la condesa Isabel de Croye dé la mano al duque de Orleans.

—Querido primo, vos sometéis mi cortés complacencia á una prueba harto dura. El duque es futuro esposo de mi hija Juana. Sed generoso, no insistáis sobre este punto; mejor será que tratemos de las plazas del Soma.

—Mi consejo hablará de este objeto á Vuestra Majestad. En cuanto á mí, me interesa menos un aumento de territorio, que una reparación de los agravios que recibí. Vos os metisteis en negocios de mis vasallos, y quisisteis disponer á vuestro antojo de la mano de una pupila del ducado de Borgoña: pues bien, ya que queréis casarla, sea con un individuo de vuestra familia. Sin esto, quedan rotas nuestras negociaciones.

—Nadie me creerá, amado primo, si yo dijese ahora que lo hago de buena voluntad. Juzgad, pues, cuál es el deseo que tengo de complaceros, cuando os digo con gran sentimiento mío que si las partes interesadas acceden á ello y se puede

obtener la dispensa del Papa, no me opondré por ningún estilo al enlace que me proponéis.

—Todo esto se arreglará por medio de nuestros ministros —dijo el duque—y he aquí que hemos vuelto á ser primos y amigos.

—Demos gracias—dijo Luís—á la bondad del cielo que, teniendo en sus manos los corazones de los príncipes, los dispone misericordiosamente á la paz y á la clemencia, para evitar la efusión de sangre... Oliverio—continuó dirigiéndose en voz baja á aquel favorito, que siempre iba dando vueltas en torno suyo, como el espíritu familiar que está á las órdenes de un hechicero—oye, dí á Tristán que despache pronto á ese condenado gitano.